

El homosapiens va a la escuela El niño, la escuela, la familia

Manina Peiro, nos habló el mes pasado de “la ignorancia del homosapiens”...como sabéis fue un coloquio que como pasa siempre con sus presentaciones nos abrió camino y nos dejó llenos de interrogantes. El encuentro de hoy nos convoca para hablar de ese sapiens que atravesado por el lenguaje y por tanto enfrentado ya a su ignorancia lo tenemos que mandar a la escuela...

Sin detenernos a analizar de manera teórica los caminos que tendrá que recorrer el sujeto para salir de este primer encuentro con el Otro y con el grupo, (conceptos por supuesto imprescindibles para entender la clínica), iremos más allá para pensar los avatares con los que cada niño y su familia se encuentran en el camino.

En este punto no importa solo el sujeto sino que tenemos que analizar a todos los demás integrantes del proceso: la familia, la escuela, los educadores, médicos, psicopedagogos y un largo etc., que se encuentran con el niño y de una u otra manera tratando de entender lo etiquetan para convertirlo en un porcentaje de alguna tabla cualquiera, influenciados y dirigidos por la necesidad de obtener recursos, por su formación y también la política educativa.

Este complejo entramado es el que encontramos en cada uno de los niños y familias que consultan en la práctica. Familias que de una u otra manera se han arreglado con el niño hasta que en un momento determinado ante una queja o malestar una voz irrumpe del exterior para señalar algo que no funciona de acuerdo al modelo establecido en la norma.

¿Qué significa para el niño y sus padres la escuela? , cual es el lugar que ocupa en el imaginario colectivo, familiar e individual.

¿Cómo influyen las experiencias personales de cada uno de los padres y de ambos con su propia historia infantil y con sus otros hijos?

La escolarización implica una separación para el niño y para sus padres que deben asumir tarde o temprano. Hay que soltar y soltarse. Se pierde el control de las actividades del niño y el niño pierde el control de lo que pasa en casa durante su ausencia.

El modelo de crianza y el entorno social y familiar imprime formas distintas de separación y autonomía.

Algunos modelos lo favorecen, acompañando a los padres en el proceso y al niño en sus actividades, otros en cambio hasta los penalizan.

Pero nosotros debemos estar atentos a la subjetividad de cada niño y familia en el contexto general.

La posibilidad de integración que un niño tenga en el aula dependerá también de las características y posibilidades del ámbito educativo para acoger a la nueva familia. Aulas saturadas y faltas de personal estable, el cumplimiento necesario de protocolos y objetivos fijados de antemano por ratios generales, distan mucho de la situación ideal. En este sentido es interesante pensar la Influencia de las etiquetas diagnósticas en el ámbito educativo, en la familia y en el sistema sanitario, con grandes lagunas formativas en lo concerniente al desarrollo psíquico de un niño.

Esta estructura del sistema tiene como síntoma más marcado la intolerancia al diferente. Y que es ser diferente, si como sabemos cada uno de nosotros lo es?...el color de la piel, las gafas, el cociente intelectual, la impulsividad, la distracción, la lentitud, el peso, la talla, el lugar de nacimiento....miles de formas de intentar etiquetar las diferencias.

Todo esto circula en la experiencia del trabajo con educadores, donde nuestra función como psicoanalistas la mayoría de las veces es la sostener la angustia y compartir estrategias de abordaje.

Cuando la escuela detecta a un niño con problemas necesita poner en marcha determinados protocolos de actuación para que le faciliten los recursos específicos que muchas veces no son otros que una atención un poco más personalizada y adaptaciones curriculares.... Pero esto en sí mismo no es tan fácil ya que hace falta que un equipo de zona realice el diagnóstico y estos equipos están muchas veces colapsados como las mismas escuelas. Un buen diagnóstico permite también indicar las intervenciones posibles a nivel familiar o individual.

¿Pero a que llamamos un buen diagnóstico los psicoanalistas? , la mayoría somos reacios a los diagnósticos y nos escurrimos todo lo que podemos, más aún cuando muchas veces nos lleva tiempo llegar a él hablando de diagnóstico de estructura. Muchos tenemos la convicción de que diagnosticar es etiquetar y que las etiquetas no sirven...

Diagnosticar en salud mental o en educación para apartar o domesticar es un error. Diagnosticar teniendo en cuenta la subjetividad para abordar las ayudas necesarias puede ser una manera de nombrar y nombrar a veces da consistencia a la angustia y da empuje a la estructura psíquica. “Yo soy...bipolar, “dicen algunos pacientes cuando consultan. La mayoría de las veces el diagnóstico ha metido al sujeto en el mundo de la medicina, los psicofármacos y la discapacidad...pero en otros vemos como este “Yo soy”... puede convertirse en una manera de nombrarse para poder empezar a pensar en que le pasa.

Si por ejemplo diagnosticamos a un niño como hiperactivo,

lo medicamos y lo mandamos a casa seguramente ayude al cole y la familia a domesticarlo pero poco sabremos de lo que verdaderamente ha llevado al niño a ese sufrimiento psíquico que consiste en no poder quedarse quieto y estar siempre en el centro de la escena.

También es verdad que un niño que no para es difícil de adaptar a las aulas de hoy y de dar posibilidad a los maestros de enseñarle algo. Si acordamos un diagnóstico que permita a la escuela desplegar sus ayudas y abrimos la interrogación con el niño y la familia para escuchar lo que sucede, es posible que etiquetar no sea tan malo.

Hace poco tiempo en unas jornadas de profesionales de salud mental, pacientes y familiares en las que todos intentábamos tumbar las etiquetas y priorizar las subjetividades dos madres de niños de preescolar que participaron desde el público, al preguntar se presentaron como “yo soy madre de un TEA”...y lanzaron su pregunta...De quien hablaban? Como se llamaban sus hijos? Qué edad tenían? Afortunadamente todos coincidimos en estas preguntas y pudimos reconocer el peso que para cada una de estas madres podía tener el “yo soy madre de un TEA”, identificadas con un grupo deslizaban su implicación en el conflicto psíquico del niño generado, como sabemos, en esa relación primera padre-madre-niño- falo...entendiendo como falo el cuarto elemento que actuando sobre cada uno de sus padres, separa y a la vez une al niño y lo introduce en el mundo social.

Si somos coherentes con la clínica psicoanalítica tenemos que reconocer que más allá del abanico de síntomas más o menos floridos que pueden o no agruparse como problemas en diferentes áreas, el diagnóstico de estructura es muy escueto: psicosis, pre-psicosis o psicosis no desencadenadas, si queremos podemos diferenciar también el autismo, perversión, neurosis, en algunos casos

la fobia diferente o no de la neurosis y para algunos autores los borderline. Poco pero bueno...sus dolores de cabeza nos da reconocerlos.

La diferencia fundamental en estos diagnósticos es que la escucha está dirigida a saber ante que sujeto estamos, como se ha constituido y cuáles son sus recursos para a partir de la palabra reubicarse en su estructura y sufrir lo menos posible.

En la infancia tenemos una tarea diferente y es que podemos ser testigos de cómo se está estructurando un sujeto y a veces intervenir con nuestro trabajo y el trabajo multidisciplinar en la consolidación de una estructura que pueda ser asintomática para el sujeto.